EL REGALO DEL ERMITAÑO

Había una vez un viejo monasterio que había atravesado malos momentos. Siglos antes, había sido un monasterio de vanguardia donde muchos monjes vivían y trabajaban y tenían gran influencia sobre el reino. Pero ahora solamente cinco monjes vivían en él, y todos tenían más de setenta años. Estaba claro que se trataba de una orden a punto de extinción.

A pocas millas del monasterio vivía un viejo ermitaño que muchos pensaban era un profeta. Un día, mientras los monjes agonizaban sobre la inminente desaparición de su orden, decidieron visitar al ermitaño para ver si podía darles algún tipo de consejo a ellos. Quizá sería posible que viera el futuro y les enseñara cómo salvar al monasterio.

El ermitaño invitó a los cinco monjes a su choza, pero cuando le explicaron el propósito de su visita, el ermitaño solamente podía compadecerse de ellos. «Sí, entiendo la situación», dijo el ermitaño. «El espíritu ha abandonado a las personas. Ya no existe mucho interés en las cosas de antaño».

«¿Tiene usted algo que pueda decirnos», inquirió el abad al ermitaño, «que nos pueda ayudar a salvar el monasterio?»

«No, lo siento», dijo el ermitaño. «No sé cómo puede salvarse su monasterio. Lo único que puedo decirles es que uno de ustedes es un apóstol de Dios».

Los monjes estaban tanto desilusionados como confundidos por el mensaje oculto del ermitaño.

Regresando al monasterio, se preguntaron lo que el ermitaño pudiese haber indicado con su declaración: «Uno de ustedes es un apóstol de Dios». Durante varios meses después de su visita, los monjes aún se preguntaban por el significado de las palabras del ermitaño.

«Uno de ustedes es un apóstol de Dios», reflexionaban. «¿Se habrá referido realmente a alguno de nosotros los monjes de este monasterio? Eso es imposible. Todos somos demasiado viejos. Somos demasiado insignificantes. Por otro lado, ¿qué pasaría si fuese cierto? Y si es cierto, ¿quién de nosotros es? ¿Creen que lo dijo por el abad? Sí, si se refirió a alguno, seguramente pensaba en el abad. Él ha sido nuestro líder por más de una generación. Por otro lado, podría haberse referido al Hermano Tomás. Verdaderamente el Hermano Tomás es un hombre santo; un hombre de sabiduría y conocimiento. No podría haberse referido al Hermano Elred. Elred puede ser caprichoso en algunos momentos y es difícil razonar con él.

Por otro lado, casi siempre tiene razón. Quizá el ermitaño se refirió al Hermano Elred. Pero seguramente no hablaba del Hermano Felipe. Felipe es tan pasivo, tan tímido, realmente un don nadie. Aun así, él siempre está dispuesto a ayudarnos. Es leal y confiable. Sí, pudo haberse referido a Felipe. Por

supuesto, no pudo haberse referido a mí. Soy una persona ordinaria. Pero, ¿y si lo hubiese hecho? ¿Supongamos que sí soy un apóstol de Dios? Oh Dios, yo no. No puedo ser tanto para ti. ¿O sí?»

Mientras contemplaban la situación de esta forma, los viejos monjes comenzaron a tratarse el uno al otro con extraordinario respeto en caso de que alguno de ellos pudiese ser realmente el apóstol de Dios. Y bajo el supuesto de que cada uno de los monjes pudiese ser el apóstol mencionado por el ermitaño, cada monje comenzó a tratarse a sí mismo con extraordinario respeto.

Dado que el monasterio estaba ubicado en un hermoso bosque, muchas personas venían a pasar el día en su pequeño césped y a caminar por sus veredas, y en ocasiones a meditar en la pequeña capilla. Mientras lo hacían, inconscientemente, comenzaron a sentir un aura de extraordinario respeto que ahora rodeaba a los cinco monjes y parecía que irradiaba de ellos, cubriendo el ambiente del lugar. Había algo extrañamente atractivo, y hasta irresistible, sobre el mismo. Prácticamente sin saber por qué, la gente comenzó a visitar el monasterio con más frecuencia para pasar el día, jugar, u orar. Comenzaron a traer a sus amigos para mostrarles ese lugar especial. Y sus amigos trajeron a sus amigos.

A medida que aumentaba el número de visitantes, algunos de los hombres más jóvenes comenzaron a hablar con los monjes. Al poco tiempo, uno preguntó si podía unirse a ellos. Y luego otro. Y otro. En pocos años, el monasterio se había convertido nuevamente en una orden floreciente y, gracias al regalo del ermitaño, en un centro vibrante de conocimiento y espiritualidad por todo el reino.

APLICACIÓN

Algunas veces, tal y como los viejos monjes, nos preguntamos: «¿Cómo podemos atraer a más jóvenes a nuestros grupos juveniles? ¿Cómo podemos obtener nueva vida aquí y crecer, tanto numérica como espiritualmente?». Quizá la respuesta tiene que ver en cómo nos tratamos los unos a los otros. ¿Cómo tratamos a los otros? ¿Siempre estamos bajándole la moral a otros y creando un ambiente de crítica y negatividad? ¿O estamos tratando a otros con extraordinaria dignidad y respeto?

Juan 17 narra la oración de Jesús a su Padre por la iglesia, por ti y por mí. Él pidió que todos nosotros fuésemos uno para que el mundo nos creyese. Cuando nos preocupamos por los otros y nos tratamos con amor y respeto, entonces aquellos en el mundo comienzan a ver una iglesia atractiva, y hasta irresistible.

Dejémonos de pelear y herirnos mutuamente y seamos uno en el cuerpo de Cristo.